

**Escrito por: herblay**

**Resumen:**

Con ayuda de su escultural hermana, ayudo a mi amigo a decidir si es gay o hetero.

**Relato:**

1. La tarde

No recuerdo lo que celebrábamos, pero sí que nos reunimos en casa de César, quien además de su fama de gay tenía una hermana guapísima y una casa grande con piscina. Hicimos un asado, bebimos cerveza (yo no me excedí: prefería ver la semidesnudez de mis compañeras) y a las siete de la noche sólo quedábamos César, Erick, Angélica, Laura y yo, que éramos, todos, buenos amigos.

Erick, muy bebido, hostigaba a Laura, que no era un modelo de sobriedad. Se tocaban y besaban, Laura fingiendo huir hasta dejarse alcanzar y besar. Los dos se reían fuerte y mostraban mucho sus cuerpos. César, Angélica y yo los veíamos y reíamos, hasta que yo deslicé la palma de la mano dentro de la mini de Angélica, que dio un respingo pero no dijo nada. Acaricié por debajo de la mesa su firme muslo, sin dejar de prestar atención a los correteos de Erick y Laura. Poco a poco fui subiendo la mano hasta quedar cerca de su ingle y, cuando empecé a acariciar el borde de sus braguitas, pregunté:

-César, ¿es cierto que eres gay?

-La verdad... no se. Tengo dudas, muchas dudas. Pero nunca he besado ni a un hombre ni a una mujer... y ya no digamos algo más que un beso.

Angélica era una chica linda. Acababa de cumplir los 18 años y tenía bonito cuerpo y cara pícara. La jalé hacia mi, le di un beso y sin sacarle la mano de bajo la falda interrogué:

-¿Se besarían?

Angélica, ni tarda ni perezosa, dio vuelta y empezó a besar a César, que la tomó de la cintura. Yo llevé mi mano más hacia el centro y acaricié su sexo sobre el algodón de la braga. Así estábamos cuando, detrás de nosotros, se escuchó la voz de Amalia, la hermana mayor de César:

-¿Qué hacen?

-Mis amigos –dijo César, luego de un silencio incómodo –están ayudándome a resolver mis dudas, hermanita.

-¿De verdad? –preguntó Amalia, con evidente entusiasmo.

-Parte de sus dudas –aclaré yo.

-¿No le darías un beso tu? –me preguntó Amalia, que entendió el sentido de mi acotación.

En ese momento tomé una decisión. Amalia me encantaba desde hacía dos años. Ella iba en sexto cuando nosotros íbamos en cuarto y me enamoré platónicamente de ella, aunque durante todo el año apenas me atreví a saludarla. Era una rubia alta, de ojos verdes, con un cuerpazo de concurso. Yo tenía 16 y ella 18 y babeaba por sus bubis, sus largas piernas asomando bajo la falda escocesa, cuya abertura yo espiaba con dedicación digna de mejor causa.

Luego, ella se fue a la Universidad y yo tuve una novia... pero esa es otra historia. Esa noche Amalia venía con un vestidito corto, de una pieza y, por lo visto, de otra fiesta, porque olía bastante a alcohol y un poco a mariguana.

-Lo besaré si luego me besas tu –le dije.

-Pero déjenme terminar a mi –dijo Angélica, a quien César siempre le había gustado.

-No –dijo Amalia. –Que primero pase Pablo.

Yo cerré los ojos e imaginé que besaba a Amalia mientras sentía la húmeda lengua de César explorando mi boca y sus manos acariciando mis nalgas. Finalmente se separó y sin decir agua va, aprovechando la pausa, Angélica se le fue encima. Yo entonces abracé a Amalia y la empecé a besar.

-¿Sabes que te amé platónicamente, que te sigo amando? –le pregunté.

Lo sabía. Nos besamos. Yo estaba excitadísimo. Angélica le estaba poniendo a César un faje de miedo y del lado de Erick y Laura ya no se oía nada... Besaba a Amalia, la apretaba con fuerza, sentía su cintura y la dulce curva de sus caderas, cuando el timbre de la puerta sonó con estridencia.

-Deben venir por nosotras –exclamó, asustada Angélica, y gritó -¡Laura!

Laura salió de tras los setos, acomodándose la ropa, y Erick igual, acomodándose la verga en los pantalones. Le dijo a Laura que si podía acompañarla y salieron los tres, escoltados por César. Parados junto a la piscina yo volví a besar a Amalia y César tardó, porque fajamos rico unos pocos minutos. Yo estaba caliente, muy caliente, hundido en el cuerpo, en los labios, en los ojos de tan hermosa chica, cuando fui empujado, junto con ella, a la alberca.

-Joder, chicos –decía César, que regresó sin que lo viéramos- al

agua, porque están muy calientes. Es hora de enfriarse.

Amalia, completamente mojada, quedó frente a mi. Sus grandes y redondos pechos se veían deliciosos y sugerentes bajo el vestido mojado y la volví a besar, nos seguimos besando bajo la mirada de César, que volvió a interrumpirnos.

-¿Y yo me voy a quedar así, nomás mirando y con la verga parada?

-O sea, hermanito, que te encantó Angélica –dijo Amalia.

-Sí, me encantó y voy a tener la muerte del cautín: de un calentón.

-Espera...

Amalia se sentó en la orilla de la alberca, con las piernas hacia dentro y le dijo a César:

-Déjame ver tu pene, hermanito. Y tu, Pablo, acércate.

Dentro de la alberca, yo llegué a su altura. Ella jaló mi cabeza hacia sus piernas. Mi boca quedaba a la altura de su sexo, yo dentro de la alberca y ella sentada, con las bellas piernas bien abiertas. Le levanté el vestidito y descubrí que no llevaba bragas, así que empecé a chupar su clítoris, a buscar sus labios con mi lengua, a beberme los líquidos.

Ella se quitó el vestido, por arriba de la cabeza, quedando desnuda, con sus grandes y redondos pechos al aire, mostrándose orgullosos, desafiando las leyes de Newton. Atrajo a su hermano y de lado, lamió su largo y blanco pene.

Yo estaba en lo mío, chupando su clítoris, hurgando en su vagina, jalando los rubios pelitos del monte de venus, sin poner mayor atención a la mamada que le estaba propinando a mi amigo. Los hermanos empezaron a gemir y mi verga, a pesar de estar dentro del agua fría, seguía dura. Bien dura.

César se vino en la boca de su hermana con un largo gemido y yo saqué mi lengua. Recosté a Amalia a un lado de la alberca y la cubrí con mi cuerpo. La penetré y empecé el viejo mete-saca. Estaba ella tan caliente que antes de que yo me viniera (“afuera, por favor”, me rogó cuando mis gemidos anunciaron la proximidad de mi climax) ella alcanzó tres orgasmos. Me vine sobre su estómago y sus blancos pechos y luego la abracé ahí, mientras César nos miraba.

Entonces ella dijo:

-Pablito, llévate mi coche. Las llaves están tiradas junto a la puerta. Es el jetta que está afuera. Tráemelo mañana y te daré un premio, hijo, pero vete ya, que esta noche tengo mucho que hacer.

Yo, empapado y feliz le hice caso, o fingí hacerlo: salí pero dejé la

puerta entreabierta. Arranqué y dejé el coche a media cuadra. Regresé y escondido entre los árboles, los espí haciendo el amor sobre una colchoneta, a la luz de la luna, como dos bellos dioses, porque lo parecían: si Amalia mide 1.75 y tiene un cuerpo de concurso, resultado de sus clases de tenis y la buena crianza, si es un cromo, rubia y linda, César es también un bello ejemplar masculino, alto y de músculos marcados. Hasta pensé que no hubiera estado mal probar con él el sexo con varones.

Pero por lo pronto, los espiaba: veía a Amalia cabalgar a César, sacudirse, gemir... su hermanito sólo gozaba. Con sus manos en las nalgas de Amalia y los ojos cerrados murmuraba frases ininteligibles. Escondido entre los árboles, noté la pronta resurrección de la carne, y estuve a punto de interrumpirlos pero me pareció de mal gusto.

Con la verga parada salí, con suma discreción, y ya que estaba armado de un jetta, me fui por ahí, de pesca...

## 2. La noche

Al volante del flamante jetta plateado llegué al bar de mis pecados en menos de diez minutos. No pasaba de la una y el lugar estaba lleno. Reconocí a los habituales en el rincón de la barra y, sentándome junto a ellos, pedí una cerveza.

Tenía la verga amorcillada, la confianza en mi mismo que da el hecho de haber poseído a una rubia escultural poco tiempo antes y un estado etílico bastante menor que el del resto del personal, por lo que no resultó extraño que al poco rato terminara bailando con Leticia, vieja conocida con fama de calientapollas pero cuerpo espectacular.

Al bailar besaba su cuello y acariciaba sus nalgas por debajo de su falda, restregando la verga, ya bien dura, con su estómago. No eran las tres de la mañana cuando susurró a mi oído:

-Llévame a mi casa.

En el trayecto, que duró menos de cinco minutos –aunque pudo conducirnos al panteón, dada la velocidad e imprudencia con la que conducía-, me fue acariciando la verga por encima del pantalón y, al llegar a su casa, abrió silenciosamente la puerta y me pidió en voz muy baja:

-No hagas ruido.

Sin encender la luz me hizo sentarme en una silla del comedor y se sentó a horcajadas sobre mi, cuidando que su sexo quedara a la altura del bulto de mi pantalón y se frotó contra mi, gimiendo en

sordina, haciendo concierto con unos sonoros ronquidos que llegaban del fondo de un oscuro pasillo.

Le levanté la blusa, solté su sujetador y apliqué boca, lengua y dientes a unos pequeñísimos pero duros pezones, que coronaban sus grandes y lechosos pechos. Mordida, lengua, succión, gemido suyo, suspiro mío, sus uñas en mi espalda y la súplica:

-No hagas ruido.

La giré sobre su eje de modo que siguiera a horcajadas sobre mi, pero dándome la espalda en lugar del pecho (con tanta succión, nunca tan propiamente dicho). Mi mano izquierda fue a su teta, a pellizcar y acariciar, mientras la derecha se abrió paso entre la falda y las bragas y mi dedo medio quedó sobre la herida de su sexo, empapada y abierta. La palma notó un protuberante y peludo monte de venus, que palpitaba al son de mi verga.

-En mi clítoris –pidió.

Obediente que es uno, subí los dedos unos centímetros para masajear su delicada protuberancia, hasta que una larga emisión de flujos y un largo suspiro me anunciaron su orgasmo. Pensaba bajarla, ponerla a cuatro patas y aún sin desvestirnos, buscar en su cálida cueva el alivio para mi necesitada verga, pero antes de que yo hiciera nada ella se acuclilló frente a mi, desabrochó el pantalón, hurgó entre las ropas y, cuando encontró lo que buscaba, lamió mi verga desde los huevos hasta el glande.

Inmediatamente después se la zampó. Sus labios bajaron y subieron a lo largo del tronco. Su lengua, dentro de ellos, su lengua recorría la sensible cabeza y la cicatriz que ocupa el lugar de mi prepucio (punto particularmente sensible, debo decirlo). Sus dientes raspaban con delicadeza la no menos delicada piel que recubre el ansioso miembro... y hala, vuelta a chupar, vuelta a succionar, y por mas que quise aguantar, tanto va el cántaro al agua que avisé con vos ahogada:

-Me vengo.

¿Creen que por eso dejó lo que hacía? Al contrario: abrió mas la boca y succionó con fuerza, bebiéndose el resultado de mis espasmos mientras yo trataba de obedecer sus instrucciones y no estallar en los gritos que hacían falta.

Se incorporó acomodándose falda y blusa y me dijo:

-Ahora vete.

-¿Ahora? –pregunté yo, con la mano en la verga, o al revés.

-Sí, porfa, soy virgen y quiero seguir siéndolo.

Ante mi atónita mirada y tras un largo silencio, añadió:

-Si te vas ahorita –susurró con una voz muy cachonda-, la próxima vez dejaré que me des por el chiquito.

Ante semejante juramento, salí al frío de la madrugada, ahíto, feliz, necesitado de una cerveza fría y fantaseando con el culo prometido.

Sin embargo, debo confesar que camino a casa, al volante del jetta, mientras me tocaba la verga y esta se empalmaba potra vez, lentamente, fui olvidando la espectacular mamada recibida, fui borrado de mi memoria el culo prometido, para recordar las imágenes de Amalia desnuda, para recrear la sensación de su viscoso coño envolviendo como un guante mi verga. Recordé su promesa (la primera de esa noche, llena de ellas) y me hice un plan.

Pasé al único bar abierto por una cerveza. A la única farmacia abierta por unos condones y luego recorrí diez kilómetros para buscar a mi camello particular (ese no cierra de noche), al que le compré diez gramos de cocaína de la mejor calidad disponible. Inhalamos juntos parte de mi compra (que yo necesitaba despertar del todo) y regresé a mi casa.

Puse el despertador a las seis de la madrugada y dormí tres horas. Al abrir los ojos, alterado por el sonido del artefacto en cuestión, me metí otra raya de coca y regresé al punto de partida: la casa de Amalia y César.

### 3. La aurora

Al llegar a su casa toqué a la puerta con los nudillos antes de abrir. No estaba el vehículo de sus padres y supuse que estos seguirían fuera, no obstante lo cual, entré con extremado sigilo a la casa gracias al llavero que incluía las llaves del jetta. Subí silenciosamente las escaleras dirigiéndome a la recámara de Amalia, aprovechando mi conocimiento de la disposición de las habitaciones. Cerré la puerta de la habitación de César tras verlo dormido en su cama, y seguí de frente.

El pasillo que daba a la recámara de Amalia estaba igual de silencioso que el resto de la casa. Giré el picaporte y la vi, bañada por la luz del amanecer, boca abajo, despatarrada bajo la sábana. La habitación olía a alcohol sudado y bajo ese olor penetrante se percibía el almizclado aroma de los fluidos sexuales.

Me acerqué lentamente, apreciando la plácida expresión de su cara. Levanté cuidadosamente la sábana y aprecié su desnudez espléndida, de piernas fuertes y breve cintura y entre ellas, la firme curva de sus nalgas. Eran dos nalgas soberbias, de saludable color y

delicadas proporciones que, con las piernas abiertas, como estaban, mostraban el ojete del culo y una hilera de vellos rubios que bajaban hacia los abultados labios de su vagina.

Me desnudé en silencio y me acerqué a su cama. Acaricié lentamente la curva de esas nalgas sublimes. Me entretuve en la entrada del estrecho orificio, exploré la línea de carne que divide ambos hemisferios y la verga se me fue parando al mismo ritmo que su respiración se agitaba.

Buesuqué acomodo junto a su cuerpo y froté mi glande con la suave piel de su muslo. La palma de mi mano prosiguió la exploración de la tersa superficie de sus nalgas y de aquella línea incandescente que divide ambas. Mis labios, secos y ardientes, se posaron en su mórbido hombro, momento que ella eligió para entreabrir los ojos y lanzar un rayo verde hacia los míos.

-Acabo de adivinar que no eras César –murmuró.

Me deslicé sobre ella, colocando con cuidado mi dura verga entre sus dos apetitosas nalgas. Descubrí su oreja haciendo a un lado sus rubios cabellos y con la punta de mi lengua busqué el orificio de su oído, mientras mi pelvis empezaba a balancearse sobre su coxis.

La lengua se entretuvo largo rato en su oído, explorando los canales y ventrículos, mordiendo los fillos y lóbulos, chupando, acariciando, mientras ella, boca abajo, gemía. Sin tregua, restregaba mi verga entre sus nalgas y mordía su oreja, recorriendo después con la lengua lo explorado por los dientes.

Sus gemidos aumentaban de volumen e intensidad aunque mi acción no variaba de ritmo: seguía succionando despacito su lóbulo, lamiendo sin prisa su cuello, acariciando sus nalgas con la verga, hasta que susurró:

-¡Méteme la verga!

Por una vez rechacé una invitación semejante: aunque el miembro aludido estaba firme y listo para la acción exigida. Dejé su oreja en paz para dedicar lengua y manos a su cuello y sus hombros y seguir bajando lentamente para chupar cada parte de su espalda y detener la lengua en el glorioso inicio de sus nalgas.

En un movimiento coordinado (quería esmerarme chicos, hacerla mi amante), llevé mi lengua a su ojete y los dedos índice y medio de mi mano derecha a la entrada de su sexo. Un movimiento vigoroso de su pelvis insertó mis dedos en su viscosa cavidad, empapada y hambrienta.

No esperé mas. Saqué mis dedos, hice que levantara su grupa de diosa y le metí la verga de un golpe. Los condones habían quedado en el bolsillo de mi pantalón y decidí someterme otra vez al terrorífico coitus interruptus... pero, entre tanto, entraba y salía sin

contemplaciones de esa vagina soñada tanto tiempo y que, por segundo día consecutivo, era mía.

Al sentir su orgasmo le saqué la verga, olvidé mi propósito inicial y me puse apresuradamente un condón. Le di vuelta, penetrándola en la clásica posición del misionero. Mi orgasmo estaba lejano y yo bombeaba sin piedad, pensando solo en mi placer. Sus gemidos eran gritos ahora y su pelvis se movía al compás de mis embates:

-¡Más duro, cabrón, más duro! –gritaba.

Separé mi pecho del suyo elevándome sobre los brazos, permití que rodeara mi espalda con sus piernas, hingué las rodillas en el lecho y golpeé con ferocidad. Sacaba lentamente la verga, sintiendo la caricia de sus húmedas paredes, hasta sentir que la entrada de su sexo se cerraba en torno a la cabeza del mío para, en ese momento, penetrarla vigorosamente, hasta el fondo de un solo envión.

Al desplomarme sobre ella, con un último jadeo, advertí que César, verga en mano, nos miraba desde el quicio de la puerta.